

Aspasio Paterno; y habiendo confesado delante de él á Jesucristo con heroica magnanimidad, fué desterrado á Curubio, ciudad distante diez ó doce leguas de Cartago. Los once meses que estuvo en ella los empleó en animar, consolar y esforzar á su pueblo con sus escritos, y con los desvelos de una solicitud verdaderamente pastoral. Volvió á llamar Galerio Máximo con orden de que no entrase en Cartago, y se quedase en una quinta que tenia cerca de la ciudad. En fin, el día 14 de setiembre del año de 258 mandó el procónsul que compareciese en su tribunal; preguntóle por su fe, por su condicion y por su generoso zelo que mostraba en favor de los cristianos, á cuyas preguntas solo le respondió estas precisas palabras: *Soy cristiano, y me glorio de serlo.* Confesó la fe de Jesucristo á presencia de un crecido concurso con tanta elocuencia y con tan heroica resolucion, que temeroso el procónsul de la impresion que podia hacer en los ánimos, mandó que en el mismo día le cortasen la cabeza. Ejecutóse en un paraje llamado Sextil, pegado á los muros de Cartago, y el santo cuerpo estuvo espuesto por algun tiempo en el mismo sitio, hasta que los cristianos le enterraron en un lugar de las eras del procurador Cándido, donde con el tiempo se edificó en honor suyo una suntuosa iglesia. Despues fué trasladado á Arlés en tiempo de Carlo Magno; de Arlés á Leon, hasta que Carlos el Calvo le mandó llevar á Compiègne. Tenemos de S. Cipriano ochenta y una epístolas, con otros muchos tratados, y en todas sus obras se deja admirar su singular elocuencia.

SANTOS ROGELIO Y SERVIO DEO, MÁRTIRES.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo, sacrificados al bárbaro furor de los mahometanos á mitad del siglo IX, en que movió Abderraman, rey de Córdoba, una de las mas crueles persecuciones que sufrieron los cristianos, se elogia con justísimo motivo el valor, la fidelidad y la constancia de S. Rogelio y Servio Deo, dignos de memoria eterna por la generosidad con que predicaron la fe de Jesucristo, sin temor de los paganos.

Aun no habian sacado de la cárcel para el suplicio los árabes á los dos ilustres mártires Emila y Jeremías, condenados á muerte no por otra causa que la de clamar contra la secta mahometana, cuando entraron en la misma prision Rogelio y Servio Deo, de quien nos dice S. Eulogio, escritor de sus gloriosas actas, que el primero fué natural de una aldea de Iliberi ó Granada, llamada *Parapanda*, monge de edad avanzada, aunque no señala

el monasterio ni religion que profesaba, y del segundo que fué un jóven que habia venido peregrinando á Córdoba del Oriente, sin determinarnos su patria.

La uniformidad en la religion, en los sentimientos y en las costumbres unió á los dos Santos con el vínculo de la amistad mas estrecha, en virtud de la cual hicieron ambos pacto de no separarse jamás por ningun caso hasta comprar el cielo con su sangre. Aunque por entonces gemian los cristianos bajo el yugo de los mahometanos, tenia el Señor fieles zelosos y leales, tanto en la ciudad como en la campiña de Córdoba, que se presentaban cada día ante los jueces árabes con una santa intrepidez y con un valor verdaderamente admirable á confesar en alta voz á Jesucristo, y aprovecharse de la critica ocasion de su persecucion para sellar con su sangre las infalibles verdades de la religion cristiana. Quisieron Rogelio y Servio Deo imitar la generosidad de aquellos héroes, que dieron tanto honor á la Iglesia, con una resolucion tan laudable; y animados de un mismo espíritu, se presentaron en la gran mezquita de los moros (templo admirable por su magnificencia, por la multitud de sus columnas, por la preciosidad de sus mármoles y por la delicadeza de su arquitectura, que hoy vemos consagrado en la iglesia catedral) en uno de los días que se hallaban ocupados en las infames ceremonias de su zala. Estaba prohibido á los cristianos bajo graves penas entrar en las mezquitas de los agarenos, porque pensaban éstos, llenos de preocupacion, que violaban aquéllos el suelo, y que inficionaban con el aire de su respiracion sus templos; pero despreciando los dos Santos semejantes prohibiciones, puestos en medio de la multitud comenzaron á predicar el Evangelio, y á declamar contra las mentiras y patrañas del falso profeta Mahoma, declarándoles los premios que Dios tiene prometidos á los creyentes de su santa ley, y los castigos con que el fuego eterno pena á los que cierran los ojos á la luz de su doctrina, viviendo envueltos en las crasas tinieblas de los delirios y de las necesidades.

No es fácil poder explicar la cólera que concibieron los bárbaros á vista de aquella resolucion, que graduaron por uno de los mas enormes atentados. Sin duda hubieran dado fin de los dos Santos en el acto á fuerza de los golpes y de las heridas con que los maltrataron arrojándose sobre ellos enfurecidos, si el juez, que se hallaba presente, reportando su furia con la autoridad de su juicio, no se los hubiera quitado de las manos. Luego que éste entendió la causa del enojo popular, convirtiendo el suyo contra los mártires, mandó ponerlos en la cárcel con duras prisiones; pero

aunque estaban tan maltratados que apenas les quedaba aliento, y tenían tan quebrantado el cuerpo que parece no podían ya sufrir mas tormento, no por esto dejaron de continuar la predicación comenzada, profetizando en la misma cárcel la muerte designada del rey dentro de breve tiempo.

Tratóse la causa en el consejo de los magistrados árabes á presencia del rey Abderraman, y de comun acuerdo se les dió la sentencia, que por lo principal del delito, esto es, por haber ultrajado á su profeta Mahoma, fuesen decapitados; y por cuanto habian incurrido en la criminalidad de poner los pies en su mezcquita, se les cortasen los pies y las manos. Recibieron los Santos con mucha alegría la injusta providencia, dando al Señor repetidas gracias porque les hacia dignos de padecer por su amor. Entró el verdugo en la cárcel á la ejecución del mandado; pero antes que les pidiese las manos y pies para descargar el golpe de los alfanjes, ellos mismos se las presentaron con extraordinario regocijo, y estando ya casi desangrados tendieron sus cuellos al cuchillo con la misma maravillosa constancia; logrando por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 16 de setiembre del año de 851 ó 52.

Pusieron los cuerpos de los Santos en dos palos al otro lado del rio, en el campo de la Verdad, aparte de los de S. Emila y Jeremias que el dia antes habian sido martirizados; y subiendo el rey á una azotea de su alcázar para divertirse con la alegre vista de la campiña, viendo á los cuatro mártires en aquella disposición; para público escarmiento, mandó que los arrojasen á una hoguera; pero apenas pronunció tan inhumano precepto, cuando hiriéndole un ángel del Señor su maldita lengua, pegada al paladar, quedó mudo de repente, y asaltado con los dolores de la muerte, se verificó la profecía de los mártires en aquella misma noche, bajando su alma infeliz al fuego del infierno antes de quemarse los Santos; cuyas cenizas con algunas reliquias depositaron los fieles en la iglesia de Córdoba.

SANTA EUFEMIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Fué Sta. Eufemia de la ciudad de Calcedonia, hija de Filofronio, y Teodora, personas ilustres y ricas, y el padre era senador en aquella ciudad. La hija Eufemia era dotada de grandes virtudes y de grande hermosura, modestia y castidad; y como se hiciese en Calcedonia una fiesta muy solemne al dios Marte, y por mandato de Prisco, procónsul de Asia, todos fuesen llamados bajo pena de la vida á aquella fiesta, la santa virgen Eufemia no

quiso asistir por no contaminar su alma con un acto tan abominable. Como era persona tan principal, luego la echaron menos los sacerdotes gentiles, y la acusaron ante el procónsul, quien la mandó prender y procuró persuadirle que adorase á los dioses. La Santa resistió valerosamente así las dulzuras como las amenazas, por lo cual la mandó poner en la cárcel, y de allí á pocos dias sacarla á la audiencia pública. Y hallándola constante en su propósito, la mandó atormentar, y fueron los tormentos no para una doncella delicada como era Eufemia, sino que para un hombre robusto le quitáran muchas vidas. Azotáronla con varas de hierro; pusieronla en el ecúleo, adonde fueron sus delicados miembros descoyuntados. Hízose una máquina y rueda de cuchillos, que venian todos á dar golpes en un lugar adonde la Santa habia de estar atada. Atáronla, y comenzó á revolverse la rueda; y por ser tan espantoso este tormento, hizo oración á Dios la Santa, y bajó un ángel, que le desbarató y le deshizo; muriendo allí el artifice de aquella máquina y otras personas, cuyos parientes y amigos encendieron un horno para quemar á la Santa como á causadora de aquel daño; pero como los verdugos viesén dos ángeles que la amparaban, no se atrevieron á echarla. Empeñando el procónsul, no queriendo conocer el poder de Dios, antes obstinándose mas, dispuso que la aserrasen: trajeron las sierras y el hierro perdió su fuerza y se puso mas blando que una cera, y la santa virgen quedó entera y sin detrimento alguno, triunfando del fuego, del hierro, del tirano y del demonio. Finalmente el procónsul, atribuyendo todos los prodigios del cielo á arte mágica, la mandó echar á las fieras: ella que estaba ya cansada de padecer tantos tormentos, pidió á Dios nuestro Señor, que fuese aquel el último. Y así fué que llegó á ella un fiero leon, y dióla un bocado, y dejola sin tocar ni comer de sus carnes; y las demás fieras le respetaban y lamian los pies, y de esta manera acabó Sta. Eufemia su jornada. Al tiempo que espiró la santa virgen, vino un grande terremoto, y la gente despavorida huyó. Con esto sus padres tuvieron lugar para retirar su santo cuerpo y enterrarle honoríficamente cerca de la ciudad. Fué el martirio de Sta. Eufemia tal dia como hoy, imperando Diocleciano, y en este dia celebra la Iglesia su fiesta.

Hizo Dios muchos milagros por esta gloriosa esposa suya, y Niceforo cuenta uno muy famoso, y fué, que celebrándose el Concilio Calcedonense en su Iglesia, los padres que en él se juntaron, hicieron dos libros; en el uno escribieron los católicos la verdad de nuestra fe, y en el otro los herejes sus errores. Pusieronlos junto al cuerpo de la Santa, y estuvieron los padres toda la

noche en oracion, y á la mañana hallaron que tenia la Santa en sus manos la confesion católica, y á sus pies la de los herejes.

Algunos han confundido esta Sta. Eufemia de Calcedonia con nuestra Sta. Eufemia de Orense, cuya historia se lee en las del dia 16 de agosto.

SANTA EDITA, VÍRGEN.

LA gloriosa virgen Sta. Edita nació en el año 961 y fué hija natural del rey Etgardo de Inglaterra y de Wilfrida, noble dama á la cual aquel príncipe habia robado, y por cuyo rapto hizo una penitencia de siete años. Etgardo despues de la muerte de su mujer procuró casarse con Wilfrida; mas ella despreció constantemente sus solicitudes, y tomó el velo religioso en el monasterio de Wilton, de cuya fué nombrada abadesa. Su hija Edita se habia criado por ella en la misma comunidad, y por consiguiente resguardada de la corrupcion del mundo. De esta circunstancia deduce el Martirologio romano su elogio, diciendo: que habiendo sido *consagrada á Dios en un monasterio desde su niñez, abandonó el mundo*; y mas bien debiera decir que *ignoró al mundo* que el que le abandonó. Fué admitida desde muy niña á la profesion religiosa, para lo cual se obtuvo con mucha dificultad el consentimiento del rey su padre. Unió la activa vida de Marta con la contemplativa de Maria, y aunque su mayor delicia consistia en oír la voz de su Esposo celestial, que le hablaba en su corazon en silencio y en retiro, se privaba frecuentemente de aquella delicia celestial, por servirle y ayudarle en sus miembros afligidos ó necesitados. Alimentaba al pobre, cuidaba al enfermo, limpiaba sus llagas mas asquerosas, prefiriendo los leprosos á los mismos hijos del rey. Su abstinencia y demás austeridades eran maravillosas, y llevaba continuamente un cilicio á raiz de las carnes. Tenia una devocion grande á la memoria de su Esposo crucificado, la que espresaba con el repetido señal de la santa cruz. Cuando aun no tenia mas que quince años, la quiso hacer su padre prelada de tres monasterios; mas ella nunca lo consintió, queriendo antes obedecer que mandar.

Murió el rey su padre y sucedióle Eduardo su hijo de poca edad. Por muerte de este último quiso la nobleza que Edita dejase el monasterio y subiese al trono, y la instaron vivísimamente; pero ella prefirió el estado de la humildad y la obediencia al brillo tentador de la corona. Erigió esta Santa la suntuosa iglesia de S. Dionisio en Wilton, para cuya dedicacion convidó al santo arzobispo Dunstano. Vino el santo prelado y viendo que

la virgen Edita hacia muchas veces la señal de la cruz en la frente, pidióle la mano, y tomando el dedo pulgar con la suya, le dijo: «No permita Dios que este dedo se pudra;» y dicho esto se puso á decir misa solemne, y en ella comenzó á llorar amargamente: preguntado por el diácono la causa de aquel llanto, respondió: «Porque esta alma escogida por Dios, esta piedra preciosa, esta estrella reluciente, se oscurecerá y morirá de aquí á cuarenta y tres dias.» Y en efecto murió conforme á esta prediccion tal dia como hoy del año 984 á los veinte y tres de edad. El mismo S. Dunstano la hizo sepultar en la misma iglesia de S. Dionisio, que ella habia edificado, y junto á ella un hospital con renta para sustentar trece pobres. Pasados trece años despues de su glorioso tránsito, apareció á S. Dunstano, y le mandó que sacase su cuerpo de donde estaba y le colocase en parte mas honorífica, y dijole que el dedo pulgar de su mano derecha, por virtud de la santa cruz, que hacia con él, lo hallaria entero. Con esta revelacion y otras que tuvo S. Dunstano, fué á la iglesia de Wilton, donde estaba el santo cuerpo de la virgen, y halló el dedo pulgar incorrupto como ella le habia dicho: le sacó de donde estaba, y lo puso en un altar con gran devocion y reverencia.

Los calendarios ingleses hacen mencion de otra Sta. Edita ó Eadogita, hija del conde Frewaldo que murió monja en Ailesbury.

La misa es en honor de los santos Cornelio y Cipriano, y la oracion la que sigue:

Asistenos, Señor, con tu haciéndonos gratos á vuestra proteccion en la festividad de divina Majestad su respetable los bienaventurados mártires y intercesion. Por nuestro Se- pontifices Cornelio y Cipriano, ñor, etc.

La Epístola es del cap. 3 del libro de la Sabiduria.

Las almas de los justos están pero ellos están en paz; y si en la mano de Dios, y no llegarán á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos

como al oro en la hornilla, y como centellas por entre las cascadas. Juzgarán á las naciones, y holocausto, y á su tiempo los dominarán á los pueblos, y su mirarán con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Probólos Dios. Una vez que se haya gustado de Dios, parece que ninguna prueba puede poner en peligro la virtud. Esperimentadas una vez las dulzuras de ésta, ¿quién no dirá que está muy asegurada la fidelidad en el servicio de Dios? Sin embargo, una fatal esperiencia nos está probando cada día todo lo contrario. ¡Cuántos hay que vuelven las espaldas á Dios despues de haberle servido con fidelidad por algun tiempo! ¿y no se están viendo todos los dias muchos hombres que, como dice el Apóstol, *comienzan por el espíritu, y acaban por la carne?* Es cierto que cuesta dificultad el comprender como pueda seguirse un gran desórden á una virtud ejemplar; ni como es posible que el que fué verdaderamente virtuoso pase á ser disoluto de profesion. ¿Como es posible que aquellas resplandecientes antorchas que mostraban á tan hermosa luz toda la piedad de la religion se apaguen de repente, y ni siquiera conozcan que perdieron la vista, y que se hicieron ciegos? ¿como se puede perder el gusto á la virtud hasta tener horror de ella, por lo menos sin que conozca el alma que está enferma? Y despues de haber servido á Dios muchos años con fervor y á cara descubierta, ¿como se podrá abandonar su servicio sin remordimiento y sin escándalo? La corrupcion del corazon pasa presto al entendimiento. En comenzando á vivir mal, se deja de discurrir bien. En perdiendo el gusto á las grandes verdades de la religion, luego se las pierde de vista. Nunca se descamina poco el que sabiendo el camino real se desvia de él por tedio. ¡Cuanta diferencia hay de un hombre en su juicio cabal á este mismo hombre en un delirio! Mudóle tanto la enfermedad, que no se le conoce. ¡Qué discursos tan desconcertados! ¡qué proyectos tan sin pies ni cabeza! ¡qué estravagancias! ¡qué locuras! ¡Y esto un hombre que pocos dias ha discurría con tanto acierto, obraba con tanta cordura, se gobernaba con tanta prudencia! No hay que estrañarle: trastornósele la cabeza; amigos y enemigos, parientes y estraños á todos los confundió. Vete á ponerle en razon y á darle lecciones; tanto caso hace del padre como del director. Turbóle el frenesí la razon, y el único que no conoce su enfermedad es el mismo enfermo. El

se rie, él se divierte, él canta cuando lloran todos los que se interesan en su salud, y todos los que le conocieron antes de la enfermedad; no se le puede dejar solo por el peligro de que se precipite. Esta es una viva imágen de aquel y de aquella que dejaron el servicio de Dios y la devocion despues de haber sido devotos. Es perfecta la analogia. Los mismos efectos causa el desórden de las costumbres que el desórden de los órganos. ¡Cuanta diferencia va de un hombre en otro tiempo virtuoso, á este mismo hombre perdido ahora y disoluto! Parece otro entendimiento, otro natural, y que mudó de religion con la mudanza de costumbres. En otro tiempo prudente, atento, dócil, modesto, amigo de hacer bien, moderado, sin preocupaciones, el corazon sano y recto; así era cuando vivia arreglado; no podia comprender como era dable que el hombre de bien se diferenciase del hombre cristiano, pareciéndole que solamente la virtud era digno objeto de un corazon verdaderamente grande. Ninguna otra alegría le gustaba sino la que era efecto de una conciencia pura; ninguna diversion que no fuese muy conforme á la ley santa de Dios; no juzgaba digno de su atencion otro negocio que el de la salvacion, ni encontraba otra verdadera grandeza que la de servir á Dios y de agradarle. Pero abandonó el partido de la virtud, entregóse á la disolucion; ya parece otro hombre. Sufocó la religion el desórden de su vida. Solamente se le oye burlarse insulsa mente de sí mismo por lo que fué, y hacer fria chacota de la misma religion. ¡Oh, y qué digno de lástima es un hombre que volvió las espaldas á Dios!

El Evangelio es del cap. 21 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Cuando oyereis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echa- rán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, her-

manos, parientes y amigos, y no perecerá ni un cabello de matarán á algunos de vosotros. vuestra cabeza. En vuestra pa- Y seréis aborrecidos de todos ciencia poseereis vuestras almas. por causa de mi nombre; mas

MEDITACION.

No hay otro verdadero mal en la tierra que el pecado.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay otro verdadero mal en la tierra que aquel que nunca se puede considerar como bien; que solo él nos priva de todo bien, y de la fuente de todos los bienes; tal es el pecado. Míresele por donde se le mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga; eternamente será el pecado objeto de su odio y de su cólera; eternamente será materia de nuestro dolor. ¿Pues como lo puede ser ahora de nuestras ansias y de nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en la tierra, en tanto lo son, en cuanto son efectos del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de desdichas; él es el que encendió las llamas del infierno; él solo es el que hace á los hombres desgraciados; donde reina la inocencia, allí reinan la tranquilidad y la alegría. Siendo Dios bien infinito, y siendo él mismo todo bien, no es capaz de comunicar otra cosa. El pecado solo es causa de todo mal, privándonos de este bien. ¿Pero es esta la idea que se forma del pecado? ¿mas dejará el pecado de ser menos mal y de ser menos pecado porque formemos nosotros otra idea?

Esos concursos á ciertos entretenimientos de donde está siempre desterrada la inocencia; esas diversiones siempre ocasionadas, esos espectáculos, esos regocijos profanos, origen fatal de tantos desórdenes, ¿prueban por ventura que miramos con grande horror al pecado? Y aun aquellas personas que no se abandonan tanto al desorden, ¿viven siempre muy inocentes? Familiarizámonos con el pecado; ¿pero nos acostumbramos igualmente á los tormentos que se siguen á él?

Ah Señor, ¡y qué poco he conocido el pecado hasta aquí! ¡pero cuanto le detesto ahora! Aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no tenemos razon para llamar males á aquellas cosas que nos pueden ser útiles para nuestra felicidad. A una alma fervorosa todo la puede servir de provecho menos el pecado.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo nos puede servir para ser felices, pues todo nos puede ayudar para ser santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algún grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso sereis desgraciados: toda la malicia y toda la rabia de los mas crueles tiranos no será capaz de arrancaros un solo cabello de la cabeza. El que está en gracia de Dios y es querido suyo, ¿qué tiene que temer? Es grande error reputar por mal el odio del mundo, cuando el mundo aborrece á uno porque ama á Dios, y porque sirve á Dios. ¡Cuántos favores, cuantas conveniencias ofreció el mundo á S. Cipriano para pervertirle! ¡Con qué crueles suplicios no le amenazó si se negaba á sus engañosas promesas! ¿Pero con qué valor menospreció el Santo no menos las caricias que los tormentos del tirano? ó por mejor decir, no hubo para él mayor tormento que las caricias. Antes perdió la vida que la amistad de su Dios. ¿Cuando pensaremos nosotros de la misma manera? ¿cuando discurrirémos sobre los mismos principios? ¿tíenese hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿miranle siquiera como mal aquellas personas que se divierten, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal una pérdida de bienes temporales, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que, segun los fines de la divina Providencia, suelen ser origen de muchas bendiciones; ¿pero se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera como medio para hacer fortuna?

Mi Dios, ¡en qué ceguedad he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis maldades, y dignaos oír mi humilde ruego. Padezca yo, Señor, todos los tormentos, padezca todos los males de esta vida antes que cometer un solo pecado.

JACULATORIAS. — ¡Ay de vosotros, hombres impios, que abandonasteis la ley santa de vuestro Dios y Señor! (*Ecl. 41.*)

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, y ser objeto de su indignacion. (*Hebr. 10.*)

PROPOSITOS.

1 Concibe tanto horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia.

Muy digno de lástima serías si estuvieras en otra disposición. Pero como de nada sirven los mejores dictámenes especulativos si no se ponen en práctica, toma desde ahora la santa costumbre de decirte á ti mismo siempre que á tí ó á otros suceda alguna desgracia: No hay otro mal sino el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes ó de la salud puede ser para mayor provecho nuestro. Librame, Señor, de todo pecado; pues no temo otro mal.

2 Toma ocasion de todos los adversos acasos de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tus criados, que ningún otro mal se debe temer sino el pecado. Sea este como tu refran ó como una ordinaria sentencia. Repítesela continuamente á tus hijos, y dítela á ti mismo cien veces al dia. No te descuides ni en las mas leves mentiras oficiosas, ni en las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni en la menor impaciencia. Has de tener por enteramente prohibido para tí todo cuanto pueda alterar aun ligerísimamente la caridad. La demasiada indulgencia consigo mismo, y la poca con los demas, es por lo comun origen de muchas faltas. Débete causar horror todo cuanto puede causar el mas leve daño al prójimo, y todo lo que tenga apariencia ó sombra solo de pecado. La vista sola de un monstruo asusta y sobresalta. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori quam fedare animam meam*: mas quiero morir que manchar mi alma. No te contentes con tener horror al pecado; ten el mismo á las ocasiones de pecar, y huye de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se tiene horror á la ocasion.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LA MEMORIA DE LA IMPRESION DE LAS SAGRADAS LLAGAS, que en el monte Alvernia de Toscana por especial gracia de Dios fueron impresas en las manos, pies y costado de S. Francisco, fundador del Orden de Menores. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN JUSTINO, presbítero y mártir, en Roma en la via Tiburtina; el cual en la persecucion de Valeriano y Galieno fué esclarecido por la gloria de su confesion: este Santo sepultó los cuerpos de los santos Sixto papa, Lorenzo, Hipólito y otros muchos; y finalmente en tiempo de Claudio alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES NARCISO Y CRESCENCION, tambien en Roma.

SANTA ARIADNA, mártir, en Frigia, en tiempo del emperador Adriano.